

Honor a Quien Honor Merece

Por Monte E. Wilson

De todas las causas que la iglesia ha asumido en los pasados veinte años, una que está notablemente ausente de la mayor parte de agendas es la situación de los hombres y mujeres de negocios. A pesar de lo importantes que son muchas de nuestras causas, se nos dificultarán las cosas severamente en todos los frentes si no cambiamos nuestra actitud hacia los negocios y hacia el papel que las personas en los negocios tienen en la iglesia. La iglesia equipa a sus miembros para el evangelismo, las misiones, e incluso para la acción política, financiando estos proyectos con los diezmos y las ofrendas de los hombres de negocios. Sin embargo, ha dejado de equiparles con los principios bíblicos que necesita para llevar a cabo fielmente su llamado. ¿El resultado? La mayor parte de los profesionales ven la iglesia como irrelevante en cuanto a sus necesidades cotidianas y, por consiguiente, se vuelven miembros periféricos o dejan de asistir del todo. Además, muchos hombres Cristianos de negocios se han acomodado en empleos de baja paga que dejan de utilizar todos sus dones y talentos, dejándoles frustrados lo mismo que en la quiebra. Francamente, es la condición de estar “quebrado” la que está a punto de llamar la atención de la iglesia a través de contribuciones cada vez más pequeñas.

Es tiempo que la iglesia honre a aquellos que se encuentran en el campo de los negocios con su atención. Aunque hemos alabado, y con toda razón, la virtud de la caridad, la iglesia no tiene finanzas hasta que aquellos que se encuentran en el campo del mercado¹ las hayan ganado. Entonces, ¿Por qué es que alabamos tan fuertemente un acto de caridad pero ignoramos el hecho de los logros? Además, ¿Cómo puede la iglesia justificar el invertir el noventa por ciento de su tiempo preparando al diez por ciento de su membresía para algún tipo de “ministerio,” mientras que el noventa por ciento de la gente está llamada a los negocios? Si olvidamos honrar y equipar a estas personas para su llamado, entonces ¿no le estamos entregando inmediatamente el mercado al enemigo? ¿No les comunicamos también que su llamado en el mundo de los negocios es menos honorable?

¿Qué es lo que los hombres y las mujeres de negocios necesitan saber – qué conocimiento puede darles la iglesia que sea necesario para el vivir piadoso en sus campos particulares? Sí, necesitan orar y testificar – pero hay más que eso en su llamamiento. Necesitan ser equipados para traer un orden divino a sus variados campos de labor. Necesitan ser exhortados para que subyuguen su parte de la tierra para la gloria de Dios.

El Capitalismo

Una de las herramientas más grandes que podemos darles a los miembros de nuestra iglesia es una defensa del capitalismo. Es una batalla abrumadora trabajar en un sistema que recibe todo tipo de títulos desde centrado en el *yo* hasta demoníaco. Día tras día, en los periódicos, en la televisión, desde el púlpito, y en los así llamados libros “Cristianos” sobre economía, se nos dice que el capitalismo es la causa de todo mal imaginable. ¿Quién puede tener fe en

¹ Se usa el término *mercado* para indicar el mundo de los negocios en general y todo lo que atañe a él: la producción, la productividad, el ofrecimiento de servicios, la relación con los empleados, las inversiones orientadas a la ampliación de los negocios, etc. (N. del T.)

tal atmósfera?

El sistema de libre mercado ha sido defendido sobre la base de que funciona – que produce más prosperidad para más gente que cualquier otro sistema económico. Pero, aunque esto es verdad, no es una defensa suficiente en la batalla actual por la mente del hombre. Lo que necesita verse y entenderse es que el capitalismo es el único sistema económico moral.

Escuchar que se hace referencia al capitalismo como moral puede ser un choque para algunas personas, pero considerando que uno de los principios fundamentales del capitalismo es la idea bíblica de la propiedad privada esto no debiese causar ningún sobresalto.

La doctrina de la propiedad privada y del hecho de ser poseedor de propiedad declara que las personas son libres de pensar, crear y comerciar de la mejor manera que crean. Esto es solamente una aplicación práctica de la doctrina del sacerdocio del creyente que declara que cada individuo es responsable de ocuparse² en su propia salvación.

Somos responsables ante Dios por lo que Él nos ha dado y, por lo tanto, debemos ser libres para administrar nuestra propiedad delante de Él. Debemos ser libres para disponer del fruto de nuestra labor; si no, entonces somos esclavos en lugar de sacerdotes.

El capitalismo hace a un lado la esclavitud al colocar la responsabilidad de la cooperación a los pies del individuo. “No tengo que comerciar contigo. No tengo que trabajar para ti. No tengo que cooperar contigo. Y soy libre de sufrir las consecuencias o de cosechar las recompensas de mis acciones.”

Esto nos trae a otra distinción moral del capitalismo: la justicia. El individuo es libre para triunfar o fracasar de acuerdo a su propia labor. Debido a que una persona cree que él o ella tiene ciertos dones y talentos, esa persona empleará esos dones donde mejor puedan ser de servicio al Señor (división del trabajo). Si la elección de la vocación es poco sensata y fracasa en ser productiva, entonces el individuo es quien sufrirá.

Como empleador uno puede contratar a quien uno quiera. Si quienes son contratados no pueden hacer el trabajo y si su incompetencia es recompensada pagándoles más de lo que merecen, la producción sufrirá. Esto a su vez queda de manifiesto en la calidad y en el precio del producto o servicio que un empleador lleva al mercado. El consumidor entonces emite un juicio sobre las habilidades del empleador llevándose su negocio a la competencia.

En el sistema de libre mercado, si no intervienen otros factores, es el mejor producto al precio más barato el que va a ganar. Los productores están compitiendo con productos mejores y menos caros; los consumidores compiten ofreciendo precios más altos; los trabajadores compiten sirviendo mejor con salarios más bajos. De este modo el mercado nos entrega los mejores productos a los precios más baratos. (cf. David Chilton, *Cristianos Productivos en una Época de Manipuladores de la Culpa*, ICE, Tyler, TX. 1981. p. 379).

² Se refiere aquí a la idea de *poner por obra* la fe que se ha abrazado llegando esta a *producir resultados*, lo que en lenguaje bíblico significa *dar fruto*. (N. del T.)

El problema es que “no todas las cosas pueden ser iguales”³ cuando el gobierno civil interviene en el mercado. Este es aún otro ideal Cristiano al que el capitalismo se apega: los límites bíblicos del gobierno civil. La responsabilidad del estado es proteger el mercado del fraude y de la fuerza. Han de funcionar como policías. El estado no crea ni tiene la autoridad de disponer de la propiedad privada de un ciudadano. Tampoco está el estado bíblicamente autorizado para moderar cuánto debe pagar un empleador y cuánto debe ganar un trabajador. No tiene ningún derecho bíblico para intervenir en los asuntos cotidianos del mercado.

El “intervencionismo” es la práctica del gobierno de intervenir en el mercado haciendo normas y regulaciones (e.g., leyes relativas a los precios y los salarios) o al proveer un servicio que la Biblia no le permite proveer (e.g., cuidado médico, educación, bienestar social, etc., financiado con el dinero de los impuestos). Debemos recordar que las intervenciones generan más intervenciones; es decir, si el gobierno disminuye el precio de la leche, tendrá luego que reducir el precio del alimento para el ganado, y luego el del equipo agrícola, y así sucesivamente hasta que termina en un completo socialismo (como decir mentiras más grandes para explicar las previas – la realidad se mantiene alcanzándote). (Ibid., pp. 387-388.)

Casi todo lo que el estado nos “da” hoy ha sido ilegalmente confiscado de sus ciudadanos. Mientras que nuestro gobierno nos dice que el propósito de esta intervención es la justicia para los pobres, la razón verdadera es el impulso del poder – ser como dios – sobre todas las áreas de nuestras vidas. Si la justicia fuera su propósito honesto, entonces hubiese revocado sus leyes cuando se hizo dolorosamente evidente que estaban creando injusticia. Además, no podemos resolver los problemas en el mercado quebrantando la ley de Dios.

Otro argumento que usted va a escuchar es que el estado debe frenar las ganancias excesivas. ¿Quién define lo que es “exceso”? ¿Y por cuál estándar objetivo? ¿Quién designó al estado para que determinara cuánto le está permitido ganar a un empresario por su previsión, creatividad, labor y riesgo? ¿No cree nuestro gobierno civil que sus ciudadanos pueden determinar que un negocio en particular está cobrando demasiado y que deben comenzar a retirarle su patrocinio? ¿Qué le da el derecho de jugar a ser Dios sobre el mercado? Ciertamente no la Biblia.

En realidad, la ganancia que un empresario cosecha de su labor es un incentivo para que otros trabajen y se orienten hacia logros mayores. Estas ganancias también atraen a una hueste de otras personas en negocios que desean tomar parte en las recompensas. Cuando comienzan a competir al introducir sus productos en el mercado el principio de la oferta y la demanda lleva los precios hacia abajo. Esto, obviamente, es un beneficio para todos nosotros.

Ciertamente el intervencionismo no es el único mal en el mercado. Existe siempre el problema de la avaricia; sin embargo, esto no es culpa del capitalismo sino del hombre caído. Tristemente, fue la avaricia del hombre la que le abrió la puerta al estado para que se inmiscuyera en el mercado. Cuando los individuos, las familias y las iglesias dejaron de velar por el pobre y por los ancianos, el gobierno civil se metió y tomó la responsabilidad y,

³ Es decir, intervienen otros factores. (N. del T.)

por consiguiente, también la autoridad. Esta es la razón por la cual es hipocresía que los Cristianos clamen en contra de los gobiernos mientras se rehúsan a tomar la responsabilidad bíblica por la salud, la educación y la asistencia social de sus familias.

El capitalismo está a favor de la responsabilidad individual, la justicia, la propiedad privada, la libertad y muchos otros principios bíblicos. No hay razón para que los Cristianos se sientan culpables por respaldar tal sistema económico. No hay necesidad de buscar una Tercera Vía, una entre el capitalismo y el socialismo. Además, no hay fundamento escritural para ridiculizar o condenar el principio de la libre empresa. Por el contrario, hay todo tipo de razones para defenderla y ver que la iglesia entienda plenamente las implicaciones del mercado libre.

Las Bendiciones del Éxito

Una vez que el empresario es liberado de la culpa irracional e inmerecida puede correr la carrera delante de él con fe, valentía y confianza. Puede buscar el triunfo sabiendo que, no solamente proveerá para su familia y su futuro, sino que también puede dirigirse hacia una mayor responsabilidad. Esto, a su vez, resulta en un aumento de influencia a favor de la piedad.

Salomón, un empresario muy sabio y exitoso, dijo que un hombre calificado en su trabajo serviría delante de los reyes. Como avenida hacia el dominio de la tierra para Cristo esta es una de las más descuidadas. Buscamos influencia en la arena política, en la iglesia, y, en cierta medida, en los medios de comunicación. Pero, ¿qué hay del mercado?

¿Puede usted imaginar la influencia de un negocio que, funcionando sobre la base de principios Cristianos, llega a convertirse en portador de un estándar ante sus competidores? ¿Y qué del testimonio que se crearía si el mundo de los negocios se viera forzado a mejorar su calidad de servicio debido a que todos están relacionándose con un competidor Cristiano comprometido con la excelencia?

Si quiere usted ser promovido en su negocio – ser traído ante los Reyes – la manera piadosa de producir esto es llegar a ser un mejor siervo. Tome la responsabilidad con mucha seriedad. Dé más que la mínima cantidad de energía. Una vez que esto ocurra se le dará a usted más responsabilidad. Recuerde, la autoridad siempre fluye a los individuos que más fielmente cumplen con su responsabilidad.

El mandato de dominio requiere que cultivemos nuestros dones y talentos y que los usemos para sojuzgar la tierra para la gloria de Dios. Mientras más exitosos lleguemos a ser en nuestros campos seleccionados de labor, más serán las bendiciones de influencia, responsabilidad y autoridad que se nos otorguen. Entonces, el dominio es inevitable.

Los Negocios como un Llamado

Dios ha ordenado que la iglesia equipe apropiadamente a los Cristianos para sus llamados. La mayoría de nuestros miembros han sido llamados a carreras y profesiones. No es suficiente el simplemente exhortar a estas personas a la virtud Cristiana; necesitan conocer

los principios bíblicos de los negocios y la economía. No es suficiente ser santo, también actuar de manera santa. Después de todo, ¿Qué tipo de testimonio se da cuando el propietario de un negocio Cristiano, lleno de amor y gozo, deja de obedecer la ley de Dios en lo que respecta a la “paga justa” para sus trabajadores?

Los negocios son un llamado. Como todos los otros llamados demanda una increíble cantidad de tiempo y energía. ¿Cuánto toleraríamos a un pastor que trabaje exactamente cuarenta horas a la semana y no pudiera esperar para llegar a casa y llevar a cabo su empleo “verdadero”? Entonces, ¿por qué exhortamos – o al menos permitimos – que tantos hombres y mujeres aborden sus vocaciones con tal actitud?

La gente en el mundo de los negocios necesita el apoyo de la iglesia. Deben ser equipados para traer el orden divino al mercado. Nos necesitan para ayudarles a afilar sus dones. Requieren instrucción con respecto a los principios bíblicos en los negocios para que puedan expresar plenamente la voluntad de Dios en todas las esferas del trabajo. Si fracasamos en esto, si descuidamos el honrar a estas personas, todo el cuerpo de Cristo va a sufrir.

Copyright © 1996 Monte E. Wilson

Se otorga permiso para reimprimir en tanto que se de todo el crédito y se cite la dirección

Cristianismo Clásico
P. O. Box 22
Atlanta, GA. 30009

o

MonteThird@aol.com